

HIJOS SANOS

Por Nerea Pérez de las Heras

“Son chicos normales”, de todo lo leído y escrito alrededor de la violación grupal perpetrada en Pamplona la madrugada del 7 de julio de 2016, estas tres palabras fueron las más difíciles de digerir por la sociedad y su sentido el más difícil de explicar por el movimiento feminista. El de La manada es el gran relato de terror sexual contra las mujeres de la era de Internet, pero sus efectos en la conciencia colectiva han sido los opuestos a sucesos anteriores como el crimen de Alcasser. Como desgrana Nerea Barjola en *Microfísica sexista del poder*¹, la cobertura mediática del suceso sirvió como dispositivo de advertencia y disciplinamiento para toda una generación de mujeres. Sí existió aquella *snuff movie* del asesinato de la que se hablaba con insistencia, la hicieron los medios de comunicación españoles. Y la hicieron para nosotras. Se ensañaron con los detalles de la violencia ejercida contra las víctimas por unos “monstruos enfermos” sin mencionar la estructura que propiciaba esa violencia.

El relato de la violación múltiple de Pamplona, por el contrario, nos pilló demasiado despiertas, éramos demasiadas las que habíamos tomado la conciencia suficiente para decir: no son enfermos, no son monstruos, son hijos sanos del patriarcado. Cinco chicos normales. La mirada colectiva se fijó en ellos, los brazos ejecutores de una estructura jerárquica, arcaica, tan normalizada como para bromear en un chat grupal. La manada sirvió como fábula con moraleja, sí, al igual que Alcasser, pero en este caso no para las víctimas, sino para los perpetradores.

La idea de la autoridad patriarcal como una normalidad difícilmente perceptible para quien se mueve cómodo en ella, como el proverbial pez que no sabe qué es el agua, recorre las piezas de Olalla Gómez Valdericeda presentes en la exposición. El foco de reflexión se dirige a la fuente de la violencia, no a los cuerpos de las receptoras como ha sido habitual en las propuestas de artistas feministas de los años 70 y 80 como Ana Mendieta, Carolee Schneemann o Gina Pane.

Con una extraordinaria economía de medios la artista consigue concentrar múltiples capas de interpretación en cada una de las tres instalaciones de la muestra. La densidad de lecturas y significados es deliberada, viene a corroborar el carácter estructural del machismo: está en las imágenes, el lenguaje, las asociaciones mentales automáticas entre sexo y poder, las expresiones cotidianas. Como explica la teórica feminista Rita Laura Segato, esta es una estructura que trasciende a la violencia sexual y cuyo objetivo final es la perpetuación del poder: “La expresión violencia sexual confunde, pues aunque la agresión se ejecute por medios sexuales, la finalidad de la misma no es del orden de lo sexual sino del orden del poder. (...) la libido se orienta aquí al poder y a un mandato de pares o cofrades masculinos que exige una prueba de pertenencia al grupo”²

¹ BARJOLA, Nerea. *Microfísica sexista del poder. El caso Alcàsser y la construcción del terror sexual*. Virus editorial, 2018

² SEGATO, Rita Laura. *La guerra contra las mujeres, Traficantes de sueños*. 2016

La pieza *Qué tienes en la cabeza* se compone de una serie de 10 dibujos a tinta que remiten a los grabados de naturaleza botánica del XIX. Son una taxonomía de armas de diferentes épocas cuyo uso en el lenguaje está ligado al pene. Todas ellas van acompañadas de su definición y de expresiones coloquiales. En el arma se manifiesta la amenaza del ejercicio de la fuerza, la referencia al espacio de poder masculino y en las expresiones coloquiales, la constatación de que autoridad, ejercicio de la fuerza y sexo masculino se entretajan en lo más cotidiano. La propia artista desgana cómo esta relación directa está en los mismos orígenes de nuestra tradición cultural: “En el imperio romano el fascis era el arma de abedul que llevaba la policía de la época pero también se le daba el mismo nombre al pene. Esta raíz está en la palabra fascismo y en la palabra fascinación.”

En *Polvo eres*, la frase escrita sobre una pizarra con caligrafía infantil: Este niño será el terror de las niñas, se dimensiona como una profecía siniestra cuando es extraída de su contexto original: las conversaciones entre padres y madres en el parque o las reuniones de familias nucleares. Olalla Gómez de manera tremendamente hábil consigue que lancemos una mirada de extrañeza a la normalidad y cómo se entrena en las familias, las escuelas, a través de la religión. Y el ejercicio nos asusta. La materia de la obra también está cargada de alusiones, en palabras de la propia artista: “ése polvo amontonado hace alusión al cementerio de feminicidios acumulados. Las tizas tienen en su mayoría carbonato cálcico como los huesos.”

Hijos sanos, representa la culminación del dispositivo en su cúspide, el final de la cadena alimentaria donde conviven los agresores celebrados por el sistema. “Hijos sanos”, en alusión a la frase con la que comenzábamos: los agresores no son enfermos sino hijos sanos del patriarcado, adquiere un tinte irónico. Los perpetradores ya no son hombres normales, son hombres celebrados, y la práctica del abuso, el terror sexual, el chantaje, el uso de las mujeres sencillamente un lugar común asociado al genio que solo recientemente se ha empezado a cuestionar.

El patriarcado es un repartidor de espacios y tiempos, un manual de instrucciones, tanto para los hombres como para las mujeres, un orden a dismantelar. Las intenciones de la artista: cambiar el foco al hablar de violencia patriarcal, mirar la normalidad con desconfianza, atender a todas las expresiones de autoridad masculina y trabajar para dismantlar este sistema, cristalizan de manera híper concentrada en el título de la exposición: *Revolver*, una tilde separa esta palabra referida al malestar de la que identifica al arma fálica. Pero “revolver” cuando se eleva a lo colectivo, también es el acto de invitar a la revolución.